

dian contener la risa, dice un autor, al ver á sus compatriotas cubiertos con los trajes que los jesuitas les daban. Dos jóvenes se avergonzaron de verse objeto de la burla de sus paisanos y se quitaron la ropa colgándola á un árbol, aunque por no desairar á los jesuitas se la ponian siempre que iban á la mision.

Algunas mujeres se cubrian con pieles de lobo marino, de zorra ó de cualquiera fiera. La distribucion de estas vestiduras constituye una de sus mas curiosas fiestas. Se reunen en un punto designado, se forma allí con ramaje un vasto círculo en figura de cuna, se colocan en ella todas las pieles de las bestias muertas durante el año extendiéndolas como tapices. Un sacerdote, un médico ó un adivino, (porque estos nombres significan para ellos una misma cosa) colocado á la entrada, hace el elogio de los cazadores. (1)

Hay otra fiesta que se celebra en el momento solemne en que agujerean la nariz y orejas de los niños para colocarles los pendientes. Ea tanto que estas pobres criaturas dan gritos penetran-

bricacion de telas vegetales. Sus canoas, formadas de cortezas de árboles, excitaron la admiracion de los misioneros; sus redes de toda especie, tejidas primorosamente, lo mismo que las redcillas ó tocados con que se cubren las mujeres la cabeza. Téngase presente que nos referimos á la época de las primeras misiones.

1 Así fué la recepcion que se hizo al padre Piccolo por los cochimies.

tes; sus padres, con el fin de no dejarse enternecer por esos clamores, dan gritos mas fuertes. Los sacerdotes que presiden la ceremonia, exaltan cuanto pueden el bárbaro valor de los padres, é imponen severas penitencias á los que muestran debilidad: esas penitencias son generalmente el ayuno y la abstinencia de tal ó cual alimento: ¡tan cierto así es que ni el tiempo, ni las distancias, ni aun la degradacion, han podido borrar enteramente en el hombre las tradiciones primitivas tan bien descritas en la ley mosaica y tan juiciosamente aplicadas en la ley cristiana!

Mas los impostores sacerdotes de esos desgraçados pueblos, cegados por el enemigo de la salvacion, abusan aun de la poca luz que les ha quedado de la antigüedad. Ellos llevan la penitencia hasta la barbarie y las austeridades hasta el suicidio. No era raro, por lo mismo, ver indios estúpidamente dóciles á la voz de un adivino fascinador, precipitarse á ciegas de lo alto de una roca al fondo de un abismo.

CAPITULO VI.

CONTINUA LA DESCRIPCION DE las costumbres de los naturales de California.

Diremos algo sobre las ceremonias que acompañaban al matrimonio. En Loreto nada era mas sencillo. Un joven que amase á una joven,

le ofrecia una vasija ó cántaro. Si ella accedia, le hacia un obsequio semejante. Este mutuo cambio era inmediatamente seguido de danzas y festines. Luego que una mujer habia dado á luz un hijo, pasaba al arroyo vecino á bañarse con su criatura, y al momento volvia á las faenas domésticas, (1) en tanto que el marido, recostado bajo de un árbol ó en su choza, en actitud de enfermo, recibia las visitas y las felicitaciones.

Además, el pretendiente debía rodear, durante muchos dias, la choza de la novia. Debía llamar en seguida á la puerta llevando consigo pieles de nutria y cuentas de vidrio. Si es admitido, llega á ser como el huésped de la choza. Mas debe dar cada dia cierta porcion de alimentos, mientras la jóven despliega toda su actividad en los quehaceres domésticos, á fin de captarse la estimacion del novio. Pasadas dos semanas, se reúnen los vecinos, quitan á la jóven los adornos del desierto que consisten en brazaletes, collares, argollas de orejas y conchas. Sustituyen en su lugar la prenda de la fuerza, la cintura que faja los riñones. De esta manera la entregan los padres al esposo. Antes de la conclusion definitiva le hacen grandes recomendaciones acerca de la fidelidad, la obe-

1 Muy á menudo las madres indigentes se deshacian de sus hijos dándoles muerte, á fin de no tener que alimentarlos. El padre Salvatierra, para desterrar esta atroz costumbre, hacia distribuir doble racion de víveres á las mujeres recién paridas.

diencia, y la absoluta consagracion al marido. El honor de la familia es invocado como salvaguardia de su virtud, no menos que el temor del castigo. Se le ofrece por último la choza paterna como asilo, siempre que los disgustos domésticos lo exijan así.

Las costumbres estaban en armonía con los conocimientos y las prácticas. No se dedicaban á otros trabajos que el de la pesca y la caza, por consiguiente llevaban una vida errante, precaria, sujeta á continuos cambios, á peligros siempre nuevos. No cultivaban la tierra, ni criaban ganados ni animales domésticos; ninguna industria ejercitaban. Sus danzas representaban algunos de los episodios de sus cacerías, de sus viajes, de sus matrimonios ó de sus entierros. Eran, pues, una especie de dramas en los que todos ellos desempeñaban algun papel, siendo todos al mismo tiempo actores y espectadores. Estas fiestas duraban meses enteros, y daban siempre ocasion á combates singulares.

Ciertamente los jesuitas de entonces, lo mismo que los de hoy, no brillaban ni por las riquezas ni por la suntuosidad de su tren: y sin embargo, el padre Salvatierra hace notar con admiracion lo vasto y reducido de los utensilios empleados por los californios. Todo su ajuar consiste en una cañoa de corteza de árbol, un dardo, un plato, una taza de la figura de copa de sombrero que ahuecaban por medio de un hueso puntiagudo, un trozo de madera destinada á producir el fuego, una red para trasportar

los frutos y las semillas, otra para llevar á la espalda á sus hijos, por último, un arco y flechas. Los mas ricos tienen, además, una concha que les sirve de vaso para beber. Tal es su mobiliario, que simplifican tanto á fin de poder trasportarlo prontamente y sin fatiga, porque los californios son extremadamente nómadas.

No se crea que los hombres son los que cargan los fardos mas pesados; las mujeres son las que desempeñan el oficio de bestias de carga. Los hombres caminan por delante, llevando en la mano sus arcos y sus flechas. Y no contentos con sobrecargar las espaldas de sus mujeres, taladran las orejas de estas desgraciadas para suspender de ellas un estuche ó caja en donde llevan las cosas pequeñas de que tienen necesidad.

Sus habitaciones corresponden al menaje; no son otra cosa que miserables chozas, destinadas á servir momentáneamente de abrigo contra los ardores del sol durante el dia, y contra el frio durante la noche. La reunion de estas chozas forma una especie de aldeas. Algunos hay que han llevado el lujo hasta el extremo de formarse con ramas de árbol y juncos cabañas muy semejantes á las de nuestros pastores de las provincias mas pobres de la Francia. "Nuestros sepulcros pasarian por palacios entre esas pobres gentes," dice un jesuita.

Antes de la llegada de los misioneros, esas pobres gentes desdeñaban el vestido, mas no los adornos; del lado del cabo de S. Lucas los

hombres acostumbraban cubrirse la cabeza con tejidos de perlas coronados de plumas. En Loreto usaban un cinturon mas ó menos rico, y ceñían su frente con una red delicadamente tejida. Los mas autorizados llevaban una especie de corbata, adornada con figuras de nacar, de que colgaban varios pendientes en forma de rosario. Los cachimíes se rasuraban la cabeza menos en un punto en que dejaban crecer un largo mechón de cabellos. Por lo comun cubrían la cabeza con una especie de diadema formada de muchas tiras de nacar y perlas. En la mayor parte de las tribus estaba admitida la pluralidad de mujeres; y lo que contribuía á que se tomasen varias era la circunstancia de que las mujeres eran otras tantas servidoras del marido, que se dedicaban completamente á complacerle en todo y á proporcionarle los mas abundantes frutos. En Loreto los jefes no tenían nunca mas de dos mujeres. El adulterio se consideraba como uno de los mayores crímenes, y solo se le toleraba en ciertas fiestas, sucediendo tambien que los vencedores en las luchas tuviesen absoluto dominio en las mujeres de sus antagonistas. Estos monstruosos excesos no eran conocidos entre los cochimíes, de cuyas costumbres hemos hablado ya con elogio por ser mas puras que las de las otras tribus.

Al principio los jesuitas mantenían á todos los indios que renunciaban á la vida nómada para hacerse instruir. Una voluntaria contribucion por parte de los bienhechores bastaba

para estos gastos. Pero muy pronto el número de salvajes convertidos llegó á ser muy considerable para que pudiese ser posible mantenerlos. Se determinó, pues, dar en la noche y en la mañana cierta porcion de maíz cocido en agua, y á medio dia pozoli, ó sea maíz cocido con el alimento, cuya reparticion se hacia á todos los que asistian á los divinos oficios. Igual distribucion se hacia á los enfermos, á los ancianos y á los niños que no estaban en disposicion de cumplir las obligaciones impuestas. Los padres se privaban muchas veces aun de lo necesario á fin de no faltar jamás á la distribucion, y esto sorprendia mucho á los salvajes acostumbrados á ver sus sacerdotes adivinos reservar para sí los mejores alimentos. El alimento por excelencia es para los indios el arroz; es el pan en todas sus acepciones. De ahí viene su bella máxima: "La limosna de arroz es, sin duda, muy grande; pero la mayor es la de las palabras dulces y consoladoras."

Y no podia tener mas exacta aplicacion esa máxima que á los misioneros. Estos abrian su mano para distribuir el alimento del cuerpo, y su boca para prodigar el pan de la palabra, mas sabroso, mas nutritivo que el maíz, mas dulce que la miel.

Los misioneros tenian absoluta autoridad sobre sus tropas. No puede uno explicarse como, en una situacion tan singular, los unos pudiesen mandar y los otros obedeciesen. Pero se comprenderá si recordamos que entre estos dos cuerpos, tan opuestos segun las ideas vulgares,

hay relaciones y afinidades muy naturales. De una y otra parte, disciplina inflexible; amor al deber llevado hasta el sacrificio de sí mismo, respeto absoluto á la autoridad, y, podemos agregar, que bien sea por efecto de la regla militante, ó sea resultado de tradicion moral no interrumpida, el jesuita simpatiza desde luego y sin esfuerzo con todo aquel que sirve, con todo el que sufre y que combate. El soldado no podia, pues, menos de reconocer en él á un amigo, un padre, un jefe.

El padre Salvatierra envió la galera para buscar al padre Knio en el rio Hiaqui y para traer los soldados y las provisiones que se encontraban allí. Sucedió un dia que este religioso, que desempeñaba á la vez las funciones de padre de familia, de oficial y de soldado, observó, al hacer centinela, que los indios se cogian la porcion de maíz reservada para los que venian al catecismo. Trató de reprimir este fraude. Las precauciones que tomó irritaron á los indios que comenzaron á amotinarse, y resolvieron bien pronto acabar con el misionero y los españoles. Salvatierra continuó la distribucion con calma y no suspendió los ejercicios acostumbrados. Avertido por un cacique indio de que habian escogido la noche del 31 de Octubre para un asalto general, el padre Salvatierra dió orden de hacer, durante esa noche, algunas descargas de artillería que llenasen de terror á los indios. Los salvajes, en número de 500, huyeron ante diez hombres.

Renunciaron por entonces á su proyecto apla-

zándolo para el 13 de Noviembre. En esa vez obró el padre Salvatierra con la misma decision y mansedumbre. Seguro de su autoridad sobre las tropas, y queriendo ahorrar sangre, no permitió disparar sobre los indios sino en último extremo, y aun entonces, solo al aire. Bien pronto se tranquilizan y vuelven á la carga; y entonces el magnánimo Juan María se adelanta solo hácia ellos y los conjura á evitar una muerte cierta. Los desgraciados por toda respuesta le dispararon una nube de flechas, que por fortuna no le tocaron.

A poco se presenta el cacique protestando la inocencia; las mujeres desechas en lágrimas, acuden llevando por la mano á sus hijos para negociar la paz, segun uso del país. El padre Salvatierra les habla en un lenguaje paternal, y les promete aceptar su arrepentimiento. Se observó que la mayor parte de las flechas cayó al pie de la cruz; ¡solo dos españoles fueron heridos! (1) Esta manifiesta proteccion del cielo, reanimó el valor de la pequeña colonia que resolvió no dejar el país aunque la galera y el buque hubieran perecido. Dios quiso recompensar le fe de esos cristianos. En el momento mismo en que el padre Juan María iba á celebrar una misa en accion de gracias, se deja oír el grito de ¡vela! ¡vela! y muy pronto apareció en la bahía la barca que habia sido enviada en busca de provisiones. Al aparecer saludó á la guarnicion con muchos disparos de cañon. Fa-

1 Tortolero y Figuerosa.

cil es comprender el gozo recíproco y el interés que excitaria la relacion de todo lo acaecido.

Los pasajeros perdieron la galera, y les fué forzoso volver al rio Hiaqui. La encontraron en la costa en donde habia varado. Entonces el padre Diego Marquina se echó á los piés de los indígenas suplicándoles que la pusiesen á flotar, y asegurándoles que después que fuese reparada volveria con su cargamento.

CAPITULO VII.

TRABAJOS DE LOS MISIONEROS.

Una de las principales ocupaciones de los misioneros en los primeros tiempos, fué la de componer un catecismo en lengua indígena y hacer repetir á los indios los principales artículos de la fe en ambos idiomas.

Era ciertamente un espectáculo tierno el ver á los hijos de los salvajes de rodillas y juntas las manos repetir los principales artículos del catecismo; y lo mas tierno aun era verles enseñar en seguida á sus padres y amigos lo que habian aprendido, todo con una gravedad bien superior á su edad.

Después de haber reconciliado á las tribus enemigas, la primer bendicion que Dios echó á